



FRENTE A LA VEGA

¡Qué linda está la vega! Si la vieras... Frente a ella te escribo. En toda la campiña hay una calma santa. El sol ilumina miríficamente el verde vivo de los trigos, y alegra las lomas yermas y escuetas por el frío cruel de la invernada. Casi todo está seco, el pasto mustio, la llanada monótonamente amarillosa. ¡Sólo hay primavera en mi corazón!

En tanto, el paisaje adusto y severo evoca las cosas muertas, mi cuerpo y mi espíritu se alegran pensando en el festín maravilloso del regreso.

Hoy de mañana no he salido al campo, ni saldré por la tarde. Hace un viento furioso y frío que el cuerpo no podría resistir sin enfermar; en las cimas del lomerío el aire parece que flagela el rostro. El árbol frontero a la era se balancea sin cesar con violencia inusitada; dan lástima sus ramas; parece que sufren con los azotes del viento. Las mujeres de los peones han cerrado las puertas de sus casuchas, y de los tejados sale el humo de las lumbradas.

Las milpas de “Tierra Prieta”, que se extienden desde aquí abajo hasta las colinas de la frontera heredad, allá en sus confines se ven impasibles; pero acá, cerca, el maíz está constantemente inquieto, dando al aire sus espigas floridas que semejan penachos de ejércitos de dragones y sus anchas hojas que ondean como banderas.

Y mientras los peones trabajan en la escarda ateridos de frío... ¡Pobre gente!